



MARGARITA MAINÉ
Ilustraciones de Iñaki Echeverría

PUKI

UN CACHORRO
DESOBEDIENTE



Si querés comunicarte con la autora de Puki, encontrala en
Pukibeagle.blogspot.com.ar

EDITORIAL HOLA CHICOS

Av. Callao 1121 4º "D" (1023) CABA, Argentina
Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998
e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar
www.holachicos.com.ar

PUKI UN CACHORRO DESOBEDIENTE

Autora: Margarita Mainé
Ilustraciones: Iñaki Echeverría
Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-8450-34-6

Producción gráfica realizada por Provisiones Gráficas.
Abril 2022.

Mainé, Margarita

Puki Un cachorro desobediente / Margarita Mainé ; ilustrado por Iñaki Echeverría.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2022.
48 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Puki / 1)

ISBN 978-987-8450-34-6

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Infantil. 3. Mascotas. I. Echeverría, Iñaki, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

© 2022 Hola Chicos S.R.L.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.



*A Nacho, ¡un cachorrito precioso!,
y a su tío Mateo.
¡Por todos los líos que vamos a hacer
los tres juntos!
Puki*

¡Cómo me costó salir de la panza de mamá!

Éramos tres ahí dentro. Al principio estábamos cómodos, pero crecimos rápido y el espacio nos resultaba pequeño. No sé cuánto tiempo pasamos juntos, empujándonos, pegadísimos uno al otro.



Ya me estaba aburriendo cuando llegó el momento de salir. Los tres queríamos ser primeros.

Aún no sabíamos ni ladrar y parecía que decíamos al mismo tiempo:

—¡Yo primero!

—¡Yo primero!

—¡Yo primero!

Y empujón va, empujón viene, me costó, pero lo conseguí. Fui el primero en salir, en respirar, en sentir la lengua suave y calentita de mamá.

¡Me gusta tanto ser el primero! Fui el primero en abrir los ojos. El primero en ladrar.

El primero en saludar a papá y en recibir su lengüetazo.

También el primero en hacerlo enojar, pero esa es una larga historia.

Si hacíamos mucho lío adentro de la panza de mamá, ni les cuento cuando salimos.



Peleábamos por una tetilla, aunque había para todos, y nos empujábamos por un lugar junto a papá. Después del desayuno, a él le gustaba enseñarnos cosas. Nos contó que vivíamos en una granja en el campo y que había muchos animales.

—¿Qué es un animal? —pregunté.

—¡Nosotros somos animales! —dijo papá, y con mamá se rieron de mi pregunta.

Después nos llevó de paseo para mostrarnos patos, gallinas, ovejas y chanchos. Se enojó un poco porque fuimos todo el camino peleando por ser primeros.

Cuando volvimos, unos animales altos que caminaban en dos patas habían traído la comida de papá y mamá.



—¿Qué animales son estos? —pregunté mientras nos acariciaban.

—¡Son humanos! —ladró papá moviéndoles exageradamente la cola—. Son animales también, pero muy especiales. Además, son nuestros dueños.

—¿Humanos? ¿Dueños? —Volví a preguntar, pero papá ya estaba masticando.

Me acerqué al plato y papá me detuvo.

—Esta comida es para los grandes —dijo.

—¿Cuándo voy a ser grande? —pregunté, y papá y mamá se rieron con la boca llena.

¿Es que solo iban a reírse de las preguntas que crecían en mi cabeza?

¿Quién iba a responderme?

Después de la leche de la mañana, mis hermanos y yo nos quedábamos con mamá, y papá se alejaba moviendo la cola.

—¿Adónde va? —pregunté.



—A trabajar en la tranquera —me explicó mamá.

—¿Tran... qué? —pregunté, pero no quiso explicarme.



—Ya vas a ir cuando seas grande.

¡Otra vez con lo mismo! ¡Ya quería ser grande!

Así que mientras mamá y mis hermanos dormían la siesta, me alejé para ver la tranquera, pero por el camino me distraje con otra cosa.

—¡Salga de ese tacho de basura! —la-
dró papá, que me descubrió enseguida—.
¡Vaya con mamá! ¡Desobediente!

Volví con la cola baja. Había aprendido que la “basura” era una mezcla de olores asquerosos, pero ¿qué era “desobediente”? ¿*Desobe-diente*? ¡Si yo con los dientes no había hecho nada!

Mis paseos solitarios se repetían cada día y así fui aprendiendo muchas cosas. Aprendí que los olores son muy importantes para los perros.

Oliendo mucho, podía volver con mamá y no perderme.

Oliendo mucho, descubrí que de la cocina de los humanos salen olores muy ricos.

Oliendo mucho, encontré a papá y descubrí que la “tranquera” era un lugar por el que entraban y salían humanos.



Me gustaba espiar a papá. ¡Era un perro grande y hermoso! Pero su trabajo era feo. Se quedaba ahí parado, ladrando cada vez que alguien entraba o salía. Una vez vi que lo ataban con una soga. ¿Eso era ser grande? Ya no estaba tan seguro de querer crecer.

Una tarde, mientras paseaba, escuché que papá ladraba muy fuerte. Pensé que me había descubierto, pero no. Pasó corriendo a mi lado y ni me vio. Estaba persiguiendo algo negro... ¿Qué sería?

¡Qué miedo daba verlo tan enojado!

Corrí a esconderme cerquita de mamá.

—¿Dónde estabas? —dijo ella al verme—. ¡Qué cachorro desobediente!

—¡Otra vez con lo mismo! Si yo tenía la boca bien cerrada. ¡*Desobe-diente!*

¡Son lindos los dientes, pero esa palabra es *asque-rosa!*

Al día siguiente, decidí quedarme cerca de mamá para que no me repitieran esa palabra. Pero no pude. Intentaba dormirme cuando un olor se me metió en la nariz y tuve que seguirlo. Era un aroma raro, me atraía y me daba un poco de asco al mismo tiempo.

Ni sé por dónde fui. Cuando estoy concentrado en olfatear, casi no uso los ojos. Los entrecierro para no perder el camino y es el olor el que me lleva.

